

LA INSTITUCION FAMILIAR EN LOS ESTADOS UNIDOS

Desde el punto de vista sociológico contemporáneo, la familia es tanto una creación de la cultura como un elemento que contribuye a la cultura. Esto no significa que neguemos que instituciones y culturas son productos humanos y el resultado de la infatigable, dinámica y antiquísima lucha del hombre por adaptarse a la vida en esta tierra. Pero en el análisis último, la forma que cada institución toma, está principalmente determinada por el ambiente cultural en que existe. La institución familiar de los Estados Unidos no es una excepción de esta regla general.

El análisis de la familia americana ha conducido a diversas conclusiones, incluso entre los científicos sociales. Hay sociólogos que lamentan la «desintegración gradual» de la familia y la señalan simplemente como un testimonio más de que la sociedad occidental está despedazándose. Otros sociólogos parecen creer que la familia americana ha alcanzado un grado de perfección no igualado en la historia de las relaciones humanas. Una opinión más equilibrada sostiene que la familia americana, igual que la sociedad americana, cambia rápidamente, está desarrollando nuevas formas y funciones diferentes, y que el argumento relativo a su «bondad» o a su «maldad» no puede aún establecerse, y que lo mejor sería dejarlo al juicio definitivo de los moralistas.

Es obvio que un análisis de la vida familiar contemporánea en los Estados Unidos no puede hacerse sin comprender las características sociales y culturales de nuestra nación. Somos gente optimista, pragmática, materialista, racional y activa. Estas condiciones existen en un país que está urbanizándose y mecanizándose de manera creciente, que posee un grado excepcional de movilidad, tanto residencial como social, en el que la población es relativamente joven, el nivel de educación está subiendo más

y más, y en el que las diversidades étnicas, raciales y culturales son aún de importancia considerable.

Es también obvio que en una sociedad de esta índole no se puede hablar de ideales absolutos y universales de conducta en la institución familiar. Hay diferencias significativas entre familias ricas y pobres, entre protestantes y católicas, entre familias del campo y de la ciudad, entre negros y blancos, y así sucesivamente. Estas diferencias decrecen rápidamente, pues los americanos de cualquier clase aspiran a una forma de familia «típica», idealizada y recomendada por el ejemplo de la gente blanca de la ciudad, o sea por la clase media elevada. Esto no es un «tipo» en el sentido de un promedio o de una pluralidad, sino en el sentido de un modelo que millones de americanos, más o menos conscientemente, intentan imitar.

Hay ciertos ideales genéricos de conducta en este tipo de familia que son la consecuencia y el séquito de la cultura americana. Por ejemplo, la confianza en sí mismo y la independencia de los americanos se reflejan en el hecho de que la gente joven que piensa en el matrimonio se halla en relativa libertad para escoger a su compañero conyugal. Pueden consultar con sus padres acerca del presunto esposo, pero no hay nada obligatorio o consuetudinario en torno a esto, y ni ellos ni sus padres suponen que el matrimonio pueda ser un convenio preparado. Naturalmente, existen ciertas presiones sociales para casarse dentro de la religión propia de cada uno, o dentro de su clase y de su raza, pero incluso estas presiones son hoy menos fuertes que antaño.

Como la sociedad es altamente movедiza y la cultura concede un alto valor al éxito económico y a la movilidad ascendente, los matrimonios jóvenes tienden a desprenderse de sus familias. Trasladan su residencia a sitios acordes con su *status* social mejorado y con oportunidades económicas más favorables. Esta dispersión de hijos casados que se desprenden del «viejo hogar» ha alcanzado extraordinarias proporciones en los Estados Unidos, y refleja también las facilidades de comunicación rápida y de transporte, así como el valor que se concede a las residencias más modernas y más confortables.

Es un hecho sociológico importante el que esta separación del hogar paterno ha dado mayor realce a la unidad conyugal y ha restado importancia a la familia consanguínea. Esto significa que la gran familia «patriarcal», tradicional, está perdiendo importan-

cia en América. Cada familia procura ser la creación de su propia generación antes que una línea familiar conservada y cuidadosamente trazada desde los antepasados hacia la posteridad. Los lazos con el pasado se rompen fácilmente, y los niños saben poco acerca del fondo familiar de sus abuelos y prácticamente nada del origen de sus bisabuelos. En algunas clases sociales, como en la de los yankees de Nueva Inglaterra y en el Sur, existe aún una especie de «culto al antepasado», si bien esto son excepciones que ilustran aún más sobre el rasgo contemporáneo de las generaciones discontinuas.

Una consecuencia importante de estos hechos sociales es que la familia conyugal, compuesta de matrimonio e hijos, tiende a formar una especie de isla social en un océano lleno de islas similares. Precisamente como esta unidad no permite ninguna interferencia ni de parientes políticos ni consanguíneos, no espera tampoco ayuda y asistencia de ellos. Tiene que afrontar sola sus momentos críticos, y este hecho probablemente cuenta para los dos otros fenómenos en nuestra sociedad: primero, la atención puesta en los problemas conyugales, el pleito matrimonial, la incompatibilidad, el divorcio y otras tiranteces familiares; segundo, la importancia dada a varias formas de bienestar social y de planes protectores destinados a realizar las funciones antes reservadas a la familia consanguínea.

En otras palabras, la unidad conyugal aislada está en una situación de gran tirantez y necesita personalidades adaptables para soportar con éxito la tensión. Los vínculos que antiguamente ayudaban a reforzar y conservar el matrimonio, han disminuído en número. Esto es verdad, no sólo por lo que atañe a la ausencia de estímulo y ayuda del grupo más amplio de los parientes, sino también por lo que se refiere al descenso de las funciones cooperativas de los miembros de la familia.

Es una hipótesis sociológica respetable la que establece que, cuando los miembros de un grupo funcionan cooperativamente hacia unos fines en los cuales ponen un alto valor, tienden a hacerse y a permanecer solidarios. La familia grande, tradicional y laboriosa de las granjas y de pequeños negocios tiene múltiples funciones —económicas, recreativas, religiosas, educativas, protectoras, afectivas— en las cuales toman parte todos los miembros. Así, se «contagiaron» y adquirieron el sentido de pertenecer a una unidad social importante. En los ambientes modernos de la ciu-

dad y del suburbio, estas funciones están a cargo, ampliamente, de suplentes individuales y de otros medios sociales. La especificidad funcional, o la división del trabajo, que lógicamente acompañan a una cultura urbana, racional e industrializada, han desplazado muchas de estas funciones de la unidad familiar.

Esta es una explicación parcial de por qué la función aún central de proporcionar afecto entre los miembros familiares está bajo una grave tensión. Casi en soledad hay que completar una solidaridad deliberada, consciente, que antes se realizaba casi automáticamente y subconscientemente por la ejecución de funciones múltiples. Una explicación de esta clase es naturalmente una super-simplificación, y la teoría de la «función múltiple» parece tener validez únicamente cuando se toma conjuntamente con otras características culturales significativas de la vida americana, y especialmente con las actitudes psicológicas de las personalidades que componen la unidad familiar.

Estos ideales genéricos de conducta en la familia americana pueden aclararse con un breve análisis de los individuos que participan en la familia. Podemos, por tanto, explorar ventajosamente los papeles sociales de la mujer, de los niños, de los jóvenes y de los viejos, en relación a su *status* familiar.

a) El papel familiar de la mujer adulta en la sociedad americana refleja el *status* social cambiante de las mujeres. Mucho se ha hablado y escrito sobre su igualdad con el hombre --igualdad económica, política, educacional— y no hay duda de que la mujer americana tiende hacia la igualdad con el hombre americano. Pero también es verdad que esta sociedad, como toda otra sociedad, es aún un «mundo del hombre», y que las funciones de parir y criar al niño y las de llevar la casa constituyen todavía el interés central de la mujer.

Con todo, el rasgo hacia la igualdad ha tenido efectos específicos sobre el papel familiar de la mujer. Alrededor de la mitad de las mujeres que trabajan en los Estados Unidos están casadas (aunque sólo el 13 por 100 de todas las mujeres casadas tiene un empleo lucrativo). La mujer que trabaja, y, lo que es más importante, el hecho de que una mujer casada sea, en la mayoría de los casos, competente para procurarse una vida independiente, han contribuido a igualar el *status* de marido y mujer. El mundo de los negocios, las preocupaciones, los problemas y los éxitos de la lucha económica no son secretos para la mujer americana; y ella

es capaz de compartir como compañera las decisiones periféricas del *status* profesional de su esposo.

De una manera creciente, las mujeres americanas jóvenes reciben la misma educación, en escuelas superiores, colegios y universidades que la recibida por los hombres. Tienden a compartir las mismas actividades recreativas masculinas. Juegan al golf y a las cartas, fuman y beben; tienen conocimiento de asuntos políticos, legales y económicos que sus abuelas consideraban como «negocios puramente de hombres». Hay incluso una tendencia a la «masculinización» en el vestir y en el peinado.

La consecuencia evidente de todo esto es que el papel materno y doméstico de la mujer sufre una depreciación en el valor social. Cualquier mujer sana puede parir un niño, y no es necesario asistir a una universidad para ser una buena ama de casa. Por otra parte, la última década ha significado un cambio sutil en esta actitud. Por alguna razón extraña se ha hecho «elegante» para las mujeres americanas el tener niños (y el índice de natalidad se ha mantenido aproximadamente en el 25 por 1.000 al año), y la «ciencia del ama de casa» recibe una atención creciente por parte de los periódicos femeninos, los programas de televisión y radio y los anuncios de las revistas.

b) Los papeles sociales de los niños y adolescentes en la familia americana presentan un cuadro confuso de precocidad y egoísmo para el observador europeo. Pero hay que recordar que los valores de la cultura americana consisten, principalmente, en la confianza en sí mismo, el éxito personal, la independencia y la responsabilidad. Los padres que no inculcaran a sus hijos estas cualidades se considerarían ellos mismos como pasados de moda y anti-americanos.

Los padres americanos dedican mucha atención y cuidado a sus hijos, incluso para «despojarlos» del punto de vista de la educación filial tradicional y disciplinaria. Pero en un análisis más próximo, esto no es un defecto; es un sistema que concuerda con las exigencias de la cultura americana. Sería una locura educar a los hijos para una sociedad patriarcal que ya no existe: sería inútil preparar a un joven para un grupo de parientes estático, rural, completo, cuando tiene que situar su futuro en una unidad conyugal dinámica, urbana y dependiente.

En los Estados Unidos no hay una clara delimitación entre adolescencia y madurez. No hay «ritos de tránsito» que marcan

el nivel de la edad ni siquiera en el comienzo de la adolescencia. La gente joven entra en el colegio superior bastante después de que ha alcanzado la madurez suficiente para casarse y la madurez mental para asumir la responsabilidad de una vida de adulto. El creciente nivel de educación ayuda bastante a explicar la delincuencia y mucho la frivolidad de la juventud americana. Ayuda a explicar el sistema de frecuentes y múltiples compromisos y citas que tanto choca a los europeos.

Estas características peculiares están compensadas por el propósito deliberado de los padres americanos de crear responsabilidades a sus hijos. La juventud es consultada seriamente sobre la casa nueva que los padres piensan construir, o sobre los nuevos proyectos profesionales del padre; se les permite conducir el coche de la familia en cuanto tienen edad para obtener el carnet; tanto al hijo como a la hija se les concede extraordinaria libertad en sus reuniones y bailes con elementos del sexo contrario. En otras palabras, la juventud americana está educada más en la confianza que en la autoridad y disciplina.

c) El papel social de la gente de edad es, en muchos aspectos, complejo y difícil. Como esto es un fenómeno relativamente nuevo y único en la historia de la sociedad, los abuelos americanos están sólo comenzando a aprender cómo adecuarse ellos mismos a las exigencias de la cultura. No pueden ejercitar las tradicionales prerrogativas de la edad porque no existe grupo familiar o de parientes en que tengan autoridad paterna. Son respetados y queridos por sus hijos casados, pero tienen que vivir independientemente y solos, exactamente igual que sus hijos quieren vivir independientemente y solos. Las personas de edad están fuera de lugar en la unidad conyugal típica de la sociedad americana, y la suegra que se interfiere es objeto de burla en chistes y cuentos.

Una sociedad urbana y comercial da importancia al trabajador joven. La juventud es, por sí misma, un valor en la cultura americana, y la gente procura parecer joven y actuar como joven el mayor tiempo posible. Pero para toda persona que vive lo bastante, la vejez acaba por ser una realidad. En este aspecto, los americanos, tal vez a disgusto, cifran toda la importancia en el retiro y el descanso. Esto significa el retiro profesional para los hombres y el retiro doméstico para las mujeres. La consigna «proveer para la vejez» se ha incorporado al refranero de la vida americana. Los americanos son la gente que se hace más seguros en el

mundo; están interesados en seguros de vejez, rentas de jubilación y toda clase de planes para evitar la dependencia de otros para su sostenimiento.

Este aislamiento de los viejos de sus parientes y familias no significa necesariamente soledad y tristeza. Es dudoso que los mayores, que se hayan adaptado realmente a la cultura americana, desearan otra cosa distinta. Hay actualmente poblaciones en Florida y en la California del Sur donde casi una cuarta parte de los habitantes pasa de los sesenta años. Esta gente mayor comparte intereses y recreos comunes. Igual que sus equivalentes en otras zonas del país, pertenecen a clubs y asociaciones de todas clases. No ansían en el sentido tradicional un «domicilio fijo» o «un pequeño terreno» que puedan llamar suyo, ni tampoco suspiran por los lazos de sangre y suelo en que sociedades más antiguas pusieron todo su afán.

En resumen, hay que señalar que estos tres papeles sociales son meramente ejemplos para mostrar los caminos por los cuales una institución y una cultura tienden a configurarse. Estos papeles tienen que ser comprendidos en combinación con los papeles de otros miembros familiares y con los ideales de conducta que se dan en otras instituciones de la cultura americana.

La complejidad y diversidad de la sociedad americana dificultan la síntesis y oscurecen el hecho de que hay una ética identificable o un sistema de valores que van surgiendo gradualmente. Esta ética en desarrollo es, y continuará siendo, completamente diferente de las que ofrecen las culturas europeas, en las que aquélla tiene la mayoría de sus raíces. Así, sin intentar juzgar sobre la bondad o la maldad de la institución familiar americana, tenemos que decir que hay una coherencia lógica entre sus componentes. No debe juzgarse por experiencias e índices que sólo son válidos en las sociedades europeas.

PROF. DR. JOSEPH H. FICHTER, S. J.

